

DIALOGOS AL PASAR



I prometen no reirse como cuando leyeron la frase *era de noche y sin embargo llovía*, les diré con mucha más razón y sentido práctico, que en esta ocasión *Pedro y Pablo son dos personas distintas*. Que ahora, con tantos Juanes y Marías y demás etcéteras de su récula

plagiando los Marco Aurelio, uno acaba por no saber ya a ciencia cierta cuando el nombre confunde como ahora, o delimita como antes, cada cuerpo.

Pedro es forastero. Amigo salido de la guerra, que so pretexto de un viaje sentimental, se ha colado hoy en mi casa y precisamente en el único día del año en que, infringiendo códigos que ya se volvieron hábitos, tengo pollo en la mesa. Hecho perfectamente natural, habida cuenta de que por demás cabe esperararlo como consecuencia de la desgracia que comporta el no tener amigos tontos. Pedro es alegre y jovial, pese a que tiene de la vida un concepto muy severo.

Pablo, a lo menos por el momento, soy yo. Ese yo subrayado, o quizá mejor en cursiva, para que entiendan que se trata del yo común y por el que tanto han disputado alienistas y filósofos. En su acepción catalana de *Pau* la cosa queda mucho mejor, ya que a la antigua usanza de la trilogía somatenista, no somos más que eso quienes todavía escribimos para unos espíritus que viven de la misma atrofía de sus sentidos vinculados por entero a la novela policíaca o al Plan Marshall del Oeste americano, que no es otro que el Plan Curwood o Zane Grey de ir matando la vida mientras esperamos la muerte.

De nuestra ciudad, Pedro no conoce más que estas pocas cosas: el nombre, su importancia turística, mi casa y ahora mi pollo. Pero como lo que mi amigo pretende saber de la ciudad, no es precisamente la prosa elogiosa con que se festonea el cañamazo de cualquier edición extraordinaria, no tengo más remedio, ya que no puedo mentirle, que volcar de mi corazón a su oído — de mi corazón, lector, a tu oído — la verdad que, tanto Pedro como yo mismo, no queremos volver a crucificar con nuevos subterfugios. Pero como la ciudad es en plena Fiesta Mayor, copia exacta de un disloque de Galfí, vamos con Pedro a la cúspide de San Elmo que, pese a su abandono, nadie podrá quitarle la gracia de su excelente perspectiva. Sólo dominando, mansa, la ciudad bajo nuestros pies y por hallarnos a unos metros más cerca del cielo, que es donde y en verdad van a parar

todos los buenos pensamientos, es por lo que el lector, cara a la realidad de su ciudad querida, llegará a comprender el cómo y el porqué la rectitud consigo mismo, dictó así nuestro diálogo:

—¿Sabes, Pablo, que, a pesar de todas las ponderaciones, me parece el espectáculo mucho más maravilloso? ¿Quién fué el artífice de la palabra que dió nombre a esta costa?

—Fernando Agulló.

—Y vosotros, ¿qué le disteis a cambio?

—Ni las gracias, mi querido Pedro. ¿Es que ignoras que en este país siempre las discusiones se comieron las buenas intenciones?

—Vuestro Paseo es realmente magnífico. Y el remate del Fortim es estupendo. Oye, ¿y por qué no se urbaniza?

—Por el momento van a construirse allí dos edificios, que Dios quiera que, frente a las líneas de su soberbia perspectiva, no tomen semejanza de la erupción de los forúnculos. ¡Y lo que son las cosas! Tú hablas de urbanizar algo que costó horrores salvarlo de la piqueta. Sí, sí... ya sé lo que intentas decirme: Que entonces el Puerto se uniría con el Paseo. Pero es que tú ya sabes que los hombres acostumbamos a edificar lo que no existe, con el mismo afán que pondríamos en destruirlo si ya existiera. ¿Para qué tenemos los hombres que respetar los caprichos de la Naturaleza? ¿Es que la ciencia y la técnica modernas...?

—Exacto, que así es tal como suenan los espejuelos de la ciencia progresista. Pero volviendo al tema, con franqueza debo confesarte que sólo una cosa me parece fea. ¿Qué es aquel fantoche de edificio contiguo al *Recó dels Pescadors*?

—Oh, amigo, aquello es algo importante, tan importante como para desbaratar el conjunto. Allí guardamos el Bote para el salvamento de los naufragos.

—¿Y no hay sitio igualmente a propósito que pueda cumplir, llegado el caso, tan humanitaria misión?

—¡Qué sabes tú de esas cosas! Allí lo encontramos y allí debe quedarse. Tradición que no reúne la suficiente inteligencia para no convertirse en odiosa. Facilitar un plan de conjunto es, a veces, pecado que el orgullo no perdona. Y lo que es más todavía. Dice la anécdota que el techo se caía y allí se apuntaló con vigas echando sus raíces sobre el mismo Bote. Y el secreto, según dicen, anda ahora en ver al guapo capaz de resolver tal laberinto. Sin techo, se pudre el Bote. Y si sale el Bote, se cae el techo.